

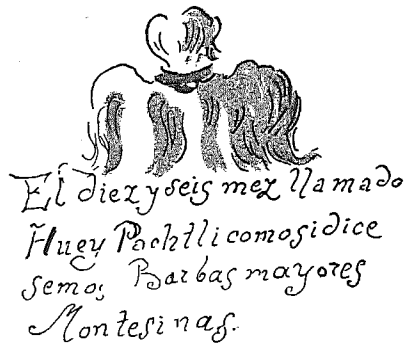
Año VI N.° LXVI

Revista de Occidente

LIBRARY
UNIVERSITY OF CALIFORNIA
RIVERSIDE

Director:

José Ortega y Gasset



Sumario

GREGORIO MARAÑÓN: *Nuevas ideas sobre el problema de la intersexualidad y sobre la cronología de los sexos* * FEDERICO GARCÍA LORCA: *Oda al Santísimo Sacramento del Altar* (fragmento) * EDUARDO SPRANGER: *La erótica y la adolescencia* * ADOLFO SALAZAR: *La música española en tiempos de Goya* (Nacionalismo y casticismo en la música española del siglo XVIII y comienzos del XIV.)

NOTAS.—LUIS DE ZULUETA: W. Sombart: *Lujo y capitalismo* * L. VILLALONGA: *Tres dibujos del tiempo de los veleros* (con tres grabados) * CINEMA: F. AYALA: *Menjou o el actor, El héroe del río.* * B. JARNÉS: *Cineclub* * ROSA CHACEL: *Cocteau-Orfeo.*

Precio: 3,50 Madrid Diciembre 1928

Porque tu signo expresa la brisa y el gusano.
Punto de unión y cita del siglo y el minuto.
Orbe claro de muertos y hormiguero de vivos
con el hombre de nieves y el negro de la llama.

Mundo, ya tienes meta para tu desamparo.
Para tu horror perenne de agujero sin fondo.
¡Oh Cordero cautivo de tres voces iguales!
¡Sacramento inmutable de amor y disciplina!

Federico García Lorca.

La erótica y la adolescencia *

EL estilo de las poesías de los adolescentes está siempre determinado por la semejanza o por el contraste con el estilo artístico que domina en el círculo cultural correspondiente. A pesar de esto, me atrevería a sentar la afirmación general de que el naturalismo, como manera de tratar, por ejemplo, el drama, es un indicio más fuerte de genuinas facultades poéticas que el idealismo. Y es así, porque la tendencia a idealizar es un rasgo típico de la adolescencia, que no garantiza aún ninguna originalidad ni capacidad artísticas. Pero debe añadirse que el adolescente, como todos los hombres, vive alternativamente en muy diversos estratos de su ser, y, por consiguiente, no lo idealiza todo, ni idealiza siempre, sino sólo cuando mira el mundo desde el fondo de sí mismo.

Ahora bien, la facultad de ver así puede conside-

* Del libro *Psicología de la edad juvenil*, en prensa, en la Biblioteca de la *Revista de Occidente*.

rarse como una dirección general del espíritu del adolescente, algo así como su peculiar florecer, que realza, embellece y transfigura todas las cosas y personas circundantes; o puede tener su fuente central en la entusiasta fusión estética con otras almas amadas, e irradiar desde aquí sobre el mundo «visto en común». Yo no sabría decidir esta cuestión. Quien crea resolverla señalando fases posteriores de la vida, en las cuales una intensa e ideal emoción de amor despierta esa misma facultad de la visión transfigurada, olvida que la unión de las almas podría ser lo único que en el hombre maduro quedase de un anhelo y un amor primitivamente universales. Mas para no alejarme demasiado de las ideas reinantes, admitiré que la erótica de la adolescencia es la raíz de toda idealización.

Ante todo pongámonos de acuerdo sobre la terminología. Para los fines de mi psicología distingo la sexualidad y la erótica. Ambas me interesan aquí sólo en la medida en que se exteriorizan en forma de movimientos del alma. Hablar de sus fundamentos fisiológicos es cosa del fisiólogo y del médico. No niego en modo alguno que las vivencias sexuales y las eróticas estén en íntima relación. Pero afirmo que, como vivencias, son sumamente diversas en su total coloración; más aún, que pertenecen a diversos estratos del alma.

Aquí no vacilo en tomar por base la definición más amplia que se ha propuesto. Según ella, serían excitaciones y vivencias sexuales, no sólo aquellas que se dirigen, *realiter* o en la fantasía, al contacto y a la unión corporal con los objetos del apetito sexual, sino

también todas las que están en relación consciente con un placer sensual, del carácter del placer sexual (libido). Según esta definición, las vivencias sexuales están fundadas siempre en las excitaciones corporales, esto es, sensibles. Sería ir ciertamente demasiado lejos, decir que es sexual todo aquello que en el cuerpo aparece como la fuente del placer. Pues el aparato fisiológico de la nutrición y el aparato del movimiento, por ejemplo, tienen por correlato psíquico vivencias de un matiz placentero muy distinto. Pero debe concederse que la estructura psíquica afectiva e impulsiva, caracterizada por esa forma de placer sensual, cualitativamente peculiar, que llamamos libido, puede rebasar ampliamente el aparato fisiológico puesto a su disposición inmediata, e influír en otras estructuras psico-físicas parciales del individuo.

La erótica comprende vivencias de un matiz completamente distinto. Digamos ante todo, breve y provisionalmente, que es una forma del amor, predominantemente psíquica y de carácter *estético*. Una estructura de vivencias tiene sentido estético, cuando, sin apetencia de goce o posesión real y corporal, se funda en la unión psíquica (proyección sentimental) con un objeto *intuitivo*, ya sea dado como real, ya sea sólo imaginado. En todo goce estético tiene lugar una especie de *unio mystica* entre lo psíquico-subjetivo y la vida del objeto, en la cual, si el objeto mismo no puede considerarse como animado *realiter*, le presta algo «de psíquico», mediante una proyección sentimental en su forma intuitiva. Pero esta clase de unión sólo puede producirse tratándose de lo intuitivo y

plástico. Esta es la *conditio sine qua non* de lo estético, en contraste, por ejemplo, con lo religioso. Otra condición es que esta unión se produzca puramente en la zona de la imaginación, o sea, contemplativamente, incluso tratándose de un objeto real; no en la forma de un apetito real de posesión, consumo o placer de contacto corporal.

El amor estético o la erótica es originariamente, por tanto, una proyección sentimental en otra alma, y una unión con ella, facilitada por la expresión intuitiva de la misma en la apariencia corporal externa. Como veremos, lo erótico puede acabar remontándose por encima de la simbolización en lo corporal. Pero esto representa un estadio posterior de la evolución. En un principio, la raíz de la erótica es el entusiasmo por la belleza, la gracia o la fuerza del cuerpo ajeno. No es meramente el cuerpo, por ejemplo, la frescura del color o el sesgo de las líneas, sino *el cuerpo visto como expresión de un alma*. Es la forma del alma la que hace hermoso al cuerpo, al brillar a su través. Podrá parecer esto metafísico o místico; de hecho todos «vemos» animado el cuerpo, incluso en años posteriores. Es ésta una forma fundamental de la vida psíquica, que no puede derivarse de ninguna otra. Esto no tiene aún nada que ver con la «comprensión» del alma ajena, de su carácter o de su conducta. Pues la comprensión es ya una operación cognoscitiva, y encima de esto quizá un simpatizar. En un principio hay sólo una vivencia: el fenómeno primitivo de la belleza del cuerpo animado. Si preguntamos filosóficamente por qué lo psíquico-corporal es llamado bello

en ciertas circunstancias (probablemente es ésta la *forma primitiva* de la vivencia de la belleza en general), sólo es posible una hipótesis. Lo que obra como belleza es la pura ley formal del alma, aprehendida en un acto de adivinación afectiva; es el canon íntimo y natural del alma, todavía no alterado por el exterior; es el ritmo regular de su vida, la unidad y totalidad que se difunde en la variedad de sus múltiples manifestaciones. Toda vida que ha podido seguir libremente la íntima ley de su desarrollo (su entelequia) aparece bella a través del símbolo de su cuerpo. Pero como nosotros sólo llevamos desplegada en nosotros mismos, como ley estructural, la ley del alma humana, el prototipo y la manifestación primitiva de la belleza es para nosotros el ser humano, en la pureza con que nace de las fuentes de la naturaleza.

Pues bien, la adolescencia tiene un órgano singularmente fino para esta clase de visión y de vivencias, porque se halla más cerca que nosotros de estas fuentes. En rigor, saca de sí misma esta facultad. Por eso idealiza mediante la proyección sentimental también aquellas cosas que acaso no lo merecen por su naturaleza objetiva. Por otra parte, si permaneciese sola, no viviría tan intensamente por este lado. Es menester una fusión con otra vida, y parece como si sólo en este abrazo nupcial de las almas se engendrase lo ideal. También el proceso de la generación psíquico-espiritual descansa, pues, en el principio de la dualidad, de una bisexualidad, que definiremos posteriormente con más exactitud. Penetramos en el secreto más profundo de la naturaleza, cuando descubrimos esta génesis de

una imagen ideal, concreta y plástica, por la *fecundación de la fantasía,* en la fusión puramente contemplativa de dos almas, facilitada en un principio por el símbolo que es el cuerpo. Sin este lado espiritual tampoco parece comprensible la generación corporal, esta *vis plástica* de la naturaleza.

Ya esta ojeada metafísica indica que el sentido *más central* de la naturaleza sólo se completará cuando se unan ambas cosas, la fusión de las almas y la unión corporal, en el misterio de la generación de una nueva vida. Pero con esto no se ha dicho que aquella generación psíquica del ideal carezca de sentido, si no va unida a ella ninguna generación corporal. (En cambio, el acto corporal de unión sin fusión psíquica carece de sentido y es innoble, sobre todo, cuando ni siquiera por el lado físico puede realizarse el sentido de la generación.)

Pero el hecho más importante para nuestra psicología de la adolescencia es que, en los años de evolución, la naturaleza mantiene separadas todavía las vivencias de ambos aspectos, y la *madurez* significa la posibilidad de armonizarse ambos con plena pureza, en *una* gran vivencia y acto de generación. En el alma del adolescente la erótica y la sexualidad están en un principio rigurosamente separadas para la conciencia. Esta es la afirmación más esencial que hay que sentar en este orden de cosas.

En el capítulo sobre los métodos de nuestra psicología hemos expuesto cómo la descripción del curso de la conciencia y la derivación, que parte de complejos de sentido, no siempre se identifican. Las zonas

psíquicas de vivencias pueden estar subconscientemente en una honda relación de sentido, mientras en la conciencia no saben, o no quieren saber, nada unas de otras. Así sucede con la relación entre la erótica y la sexualidad en el alma del adolescente. Ambos círculos de vivencias pueden haber despertado. Pero el objeto del *eros* es completamente distinto del de la excitación sexual. Y tampoco temporalmente coinciden todavía. Esta misma disparidad de caminos tiene también, sin duda, su sentido profundo para la evolución.

Podemos expresar brevemente este hecho de la siguiente manera: En esta edad, la sexualización de lo erótico destruiría el amor ideal; y, a la inversa, aún no se lograría la plena erotización de lo sexual. Prueba de que, justamente, el lado sexual todavía no ha llegado aquí a la plena madurez. Permanecer en esta separación, llegada la edad madura, representa siempre un obstáculo a la evolución de la personalidad total, una escisión que ya no puede llamarse sana.

En el «Diario de una muchacha pequeña», que ha aparecido el año 1920 en la Editorial Psicoanalítica de Viena, y que yo tengo por insólitamente rico en resultados psicológicos, se nos presenta una adolescente que es atormentada por los enigmas sexuales (no propiamente por los impulsos) con más fuerza de lo que quizá sucede en general, aunque se sabe poco sobre esto y las hipótesis convencionales, fundadas principalmente en la apreciación del medio, dicen poco. Pero si este diario enseña algo, es la rigurosa

separación entre la esfera de las vivencias eróticas y la de las sexuales. Los dos seres (del sexo femenino) que la muchachita adora están absolutamente más allá de todo apetito. Por otra parte, tampoco sexualmente habla de un apetito, sino de una curiosidad sexual instintiva. Pero el libro termina con un himno erótico a la maestra amada, que es típico de esta edad de las muchachas. La erótica sexualmente indiferenciada, se presenta, pues, acompañada aquí de una clara diferenciación entre la erótica y la esfera sexual.

Sin embargo, debe añadirse que un síntoma indica ya en este estadio de la evolución el enlace subconsciente entre los dos círculos de vivencias: los arrebatos de celos que se mezclan en ocasiones al entusiasmo erótico. Los adolescentes *pueden* encenderse en entusiasmo común, e incluso colectivo, por una personalidad. La componente estética no da motivo a celos. Pues ¿quién envidiaría con pasión a otro, por participar de un goce estético? Si a pesar de esto se deslizan los celos en estas relaciones, ello proviene de ocultas profundidades, que quieren otra cosa que contemplar y amar desde lejos. De aquí nacen la sangre ardiente y el impulso de posesión.

Es una tarea ingrata «definir» el eros. Tampoco cabe proponerse más que señalar las estructuras características de la psique. Las interpretaciones metafísicas sólo sirven para dar una explicación simbólica; por lo demás, esta forma de vivencias se convierte, por su propio impulso, en semejantes poemas sobre el universo. Uno de los mayores, la filosofía de Platón, descansa en una parte considerable sobre las vivencias eróticas *.

Se percibe inmediatamente la diferencia entre el eros y el amor paterno, amor fraterno, o incluso el amor cristiano (agapé, cáritas).

El amor erótico no se funda en la consaguinidad, ni en el sentimiento religioso de estar ennoblecidos todos por la gracia de Dios, y unidos como hijos de Dios, hasta en las profundidades pasivas y pecadoras del alma. El eros es amor a algo bello. Pero no simplemente amor al arte o amor a la idea, sino, en primer término, a una belleza viva. Esta belleza viva es divisada por primera vez, según dijimos, en la belleza del cuerpo humano. En los grados superiores de la evolución, el eros se hace más hondo, convirtiéndose en el amor a la pura belleza psíquica. Este es el camino que Platón, siguiendo a Sócrates, enseñó a aquel pueblo tan sensual de los griegos. Y quizá la humanidad no hubiese descubierto nunca sin él esta esfera. Él es quien ha revelado el ideal como el reflejo visible de las ideas eternas e invisibles. Desde entonces el griego καλόν puede traducirse exactamente por «ideal» en muchos contextos.

El eros a la belleza corporal es un estar poseído por la imagen de la juventud desbordante. Pero en esta visión del cuerpo hermoso, repercute siempre una relación más profunda. En primer término, la proyección sentimental ** en el ritmo, la forma y la total ani-

* Cf., para todo esto mi artículo «Eros», en *La cultura y la educación*, 4.ª edición, Leipzig, 1928.

** Advierto, frente a un difundido error, que «proyección sentimental» no

mación de la apariencia corporal. Luego, algo de gratitud y de admiración a la naturaleza creadora, por haber sido capaz de producir *esto*, por estar organizada en secreto, de tal suerte, que da a luz formas vivas bellas. Lo que se ama es, por ende, ya en este estadio, la presentida espiritualidad de la naturaleza. Lo bello adquiere para el amante un carácter de revelación; resuena en ello un eco religioso. Por eso puede el adolescente «consumirse» por el adolescente de noble figura; y el adolescente por el niño; y el adolescente por la doncella, y ésta por él. Pero la erótica no está ligada, visiblemente, a las diferencias físicas sexuales. De otra dualidad, que entra en juego aquí, hablaremos más tarde. A estas vivencias va unido un infinito temor ante este santuario de la naturaleza. El deseo de contacto, cuando emerge, es reprimido ásperamente. Se contentaría uno años enteros con sólo contemplar y admirar desde lejos. El canto supremo de esta contemplación y de este temor es la «Vita nuova», de Dante. Beatriz es para él más que una amada terrena. Beatriz *da* con su mera existencia. Inspira el más grande de los poemas *sólo* por la fuerza de la nostalgia. Ya viejo, vió Goethe así a Ulrica de Levetzow, que tenía diez y nueve años:

«Ante su mirada, como ante el poder del sol,
ante su aliento, como ante las auras de la primavera,

es igual a «revivir por sí mismo», como «revivir por sí mismo» no es igual a «comprender». Es un acto estético: la vibración simultánea de algo psíquico (penetrado intuitivamente), de un ritmo psíquico, con una apariencia intuitiva sensible (viva o vivificada en la fantasía).

se derrite, por largo tiempo que se haya mantenido glacialmente rígido,
el amor propio, hundido en sus cavernas invernales.
No hay egoísmo ni obstinación que dure;
ante su llegada desaparecen estremecidos.
.....
..... de esta venturosa elevación
me siento partícipe cuando estoy ante ella.

Un íntimo temblor, la adoración de algo elevado, por encima de la apariencia, una profunda timidez y la vergüenza de la propia insignificancia, caracterizan al eros. El cual se dirige, a través de la apariencia humana, hacia la idea eterna que la anima y la convierte en algo que dispensa la forma, la medida y la vida. Pero digamos todo esto con las propias palabras de Platón, cuyo nombre ha dado justamente la humanidad a este amor. «Cuando el elegido, uno de aquellos que han contemplado allá arriba muchas cosas, divisa uno de esos rostros, comparables a los dioses, que reflejan aquella gran belleza, o la bella forma de un cuerpo, estremécese y un sacrosanto terror le sobrecoge como nunca; entonces fija su vista en el joven y le adora como a un dios; más aún, si no fuese por evitar la apariencia de la locura, haría sacrificios al amado, lo mismo que ante una imagen, lo mismo que a un dios. Pero mientras contempla así al amado, sucede algo maravilloso en él; el espanto cede y se convierte en un desusado fuego, brotándole el sudor; lo que parece desbordar de la belleza, le entra por los ojos, y empapa y calienta las alas de su alma. Y con este calor se funde todo lo duro y rígido que ha impedido hasta aquí el brote de las alas y ¡vedlo! la raíz del ala, a quien afluye así alimento, se convierte

en cañón, y el cañón se cubre de pluma y se convierte en ala; *pues el alma era en un tiempo toda alada, era en un tiempo toda ella alas*. De este modo se calienta el alma, y hierve, y borbota. Y lo mismo que los niños, cuando los dientes les salen, sienten un picor y un cosquilleo dolorosos en la encía, así padece también el alma, a la que crecen las alas; tiene fiebre, y está excitada, y siente un picor. Mas cuantas veces ve la belleza del joven, apodérase de ella el deseo, y el alma se inflama en él y se calienta toda, y se libra de los dolores y de gritos de júbilo. Pero cuando nuevamente está separada de él y siente sed de él, se secan también las fuentes de las alas y se cierran, y el plumaje no puede brotar. El plumaje, encerrado a la vez que el deseo, golpea y salta como el pulso, queriendo salir, de forma que ahora el alma, por todas partes como punzada, enloquece de dolores. Y sólo el recuerdo de lo bello logra alegrarla. Mas cómo, así, la alegría y el dolor están mezclados en ella, el alma se torna extraña y siniestra para sí misma, y rabia desamparada, y no puede dormir de noche, ni tiene descanso en todo el día, y corre anhelosa allá donde cree lograr ver al que tiene la belleza. Y sólo cuando ve a éste y ha encontrado el camino que satisface sus deseos, se abre lo que en ella estaba encerrado, y respira, y el alma queda libre del tormento de los aguijones y goza en aquel momento del placer más extremado» *. Cuando Platón pinta además los diversos destinos del corcel noble y del corcel innoble que forman uncidos el tiro del alma, a la vista de la be-

* Fedro.

lleza, simboliza también con esto las diversas formas de vivencias que hemos separado como eros y como apetito sexual, aunque Platón no pretende aquí describir sólo las emociones del alma del *adolescente*.

Ninguno de los sentimientos de la vida es más natural al adolescente que este anhelo y amor de la belleza corporal. El adolescente observa en el florecer de sus propios miembros el misterio de la naturaleza creadora. Un rasgo de autoerotismo es en estos años completamente normal. Los «valores vitales»—si se quiere emplear esta categoría popularizada por Nietzsche y recogida por Bergson, Scheler y Simmel—son aquí los más asequibles a la facultad de la vivencia. De hecho, muchas amistades entre adolescentes se forman sobre esta base; el uno se acerca a la sagrada belleza del otro, en un principio tímidamente, buscando su alma. No vacilo en afirmar que esta atracción mutua entre miembros del mismo sexo, en este sentido puramente ideal, es por lo menos tan frecuente como la heterosexual; más aún, que esta dirección del amor, de la cual no se llega a tener plena conciencia las más de las veces, es una *fase de transición* normal *. Esto es aplicable a las adolescentes lo mismo que a los adolescentes. El material antiguo y moderno, de que dispongo, está lleno de estas cálidas relaciones de adolescencia, las cuales, anudadas en un principio por obra de la belleza externa, se han apoderado, finalmente, del alma entera. Quien no logra ver esto juzga con prevención. Se comprenderían también los

* Rechazo, sin embargo, las consecuencias que se sacan de aquí para una «nueva ética» o una «nueva cultura». Véanse los capítulos IV y V.

ejercicios deportivos de la juventud con un total exclusivismo, si no se concediese que están animados también por esta erótica.

Pero hay en ella una tragedia, a la cual escapan raramente los mejor dotados. La experiencia de que el cuerpo hermoso, esto es, el cuerpo lleno de juvenil vigor y, a la vez, bien proporcionado, gracioso, no garantiza con seguridad un alma éticamente elevada, pura, es una de las vivencias más dolorosas que nos están destinadas. Pero ésta no actúa sobre el sujeto que la experimenta, como un error del juicio, que cabe corregir, sino como un *general engaño de la naturaleza*, que hace vacilar todas las bases de la concepción del mundo actualmente viva. El ideal mismo está aquí en peligro. No osaré hacer aquí una teodicea de la naturaleza. Pero no concedo que *mienta*. Así como el alma juvenil es pura en sí misma, de igual modo el cuerpo juvenil es bello, sólo porque es juvenil. Mas un medio opresivo, o una íntima tendencia hereditaria a la deformación, influyen cada vez más rudamente en esta pura forma de la naturaleza. Recuerdo una discípula que tuvo hasta los catorce años rasgos faciales de una nobleza casi clásica. Desde entonces se hicieron perceptibles otros rasgos de carácter desfavorable, y era espantoso ver cómo la belleza de la apariencia exterior iba siendo destruída desde dentro, puramente desde el alma, no por procesos físicos *.

Pero el engaño descansa también en otra cosa: en la limitación de la vivencia de la belleza, de que el

* Cf. *Oscar Wilde*, «El retrato de Dorian Gray».

adolescente es capaz. Éste se fija al principio en la línea, la forma y el color, no en el espíritu. Sólo paulatinamente, y en la medida de su propia madurez, aprende a ver la belleza *espiritualizada*. Entonces puede una forma, que en el primer sentido no era bella, resultar bella en otro sentido superior. Conocido es el caso de las personas «feas», que resultan bellas tan pronto como hablan y su interior se transparenta en sus rasgos.

Este es el camino gradual que el adolescente ha de recorrer. Descubierto con inmortales palabras por Platón, en el «Banquete», ha seguido siendo un evangelio de la humanidad, y Sócrates, que era por fuera un sátiro, por dentro un dios de hermosas proporciones, fué el primer paradigma y sigue siendo el eterno paradigma de esta verdad, así como Alcibíades es el ejemplo de lo contrario. Los bien dotados encuentran por sí mismos el camino del grado superior. Aprenden a comprender lo ideal en su pura forma espiritual, sin el símbolo de la belleza corporal, en el *antiguo* sentido griego; aprenden a comprender la forma espiritual como tal, y con esto se desarrolla la forma puramente psíquica y espiritualmente más fecunda de la erótica. Sobre el acto estético preparatorio, inaugural por decirlo así, de la *proyección sentimental*, se erige ahora otra clase de actos espirituales: la *comprensión* psíquica, que considera al otro como una forma espiritual de la naturaleza, como una forma determinada por un sentido. Y sobre esto se levanta por último, como tercer grado, la *simpatía* comprensiva, una armonía de las almas, que tiene un fundamento estético,

pero que también está fundada en la comunidad de la vivencia que siente valores más profundos. El amor meramente contemplativo se transforma en una compenetración y unión de las almas más profunda y también espiritual.

Aquí es menester desarrollar una idea, que en Platón sólo está ligeramente indicada. La erótica puramente psíquica descansa en la polaridad de dos formas de las almas, cada una de las cuales necesita de la otra como su complemento. Lo ingenuo, lo natural, lo que florece en la inconsciencia de *sí* mismo, lo en *sí* irreflexivo, siente el anhelo de la forma clara, fundada en el modelado consciente de *sí* misma; lo en *sí* indiviso, y por ende oscuro, siente el anhelo de lo dividido, pero consciente de *sí* mismo. A la inversa, el espíritu maduro (o más maduro) siente el anhelo de lo naturalmente encubierto, con su hermosa fuerza plástica inconsciente. Estas dos formas de las almas, la unitariamente ingenua y la exclusivamente racional, pero cuidadosamente trabajada—y apareciendo en muchos grados—, son como dos principios del universo. Podría llamárselas el principio psíquico-femenino y el principio psíquico-masculino. Sólo de su unión genérica nace el ser humano total *.

Todo individuo psicofísico lleva en *sí* algo de ambos principios; mas prepondera un aspecto y se siente el anhelo del otro. Una mujer madura puede significar para la adolescente una primera revelación de este principio psíquico-masculino; y lo mismo el varón maduro para el adolescente, e incluso el adolescente para el niño que despierta. Pero donde estas dos formas del espíritu se presentan naturalmente con la mayor pureza, es en los tipos puros de los sexos, que sólo son tipos ideales, no realidades dadas. Vista desde aquí, hay en toda erótica algo de bisexualidad; pero tomada en un sentido psíquico, no en el físico.

La misma idea se puede exponer todavía en otra forma. Todo amor se dirige a un *valor* encarnado en una persona. Mas el valor de la persona reside, o en el espíritu fuertemente diferenciado y consciente de *sí* mismo, o en la riqueza inconsciente, y naturalmente genial, de íntima fuerza plástica. Hay forma como organización de la razón y forma como unidad venturosa y armónica del ser natural. Ambas formas se buscan, para elevarse mediante su unión a más altura todavía, hasta el ideal. Por eso los sujetos de este eros son, en ambos lados, como Platón dice, a la vez pobres y ricos, menesterosos y dadivosos, activos y pasivos.

Para el adolescente, las cosas son, en singular medida de tal suerte que no sabe percibir el valor del mundo de otro modo que en la representación personal y concreta. Esto va tan lejos, que el valor que él piensa y busca, resulta para él completamente idéntico a la persona viva en que lo encuentra y lo cree incorporado. La fe del adolescente en el ideal es la fe en *su* hombre. ¡Ay, *si* este hombre no cumple lo que

* Este es el sentido profundo de los problemas que ocuparon en Jena a Schiller y a Humboldt, incitados por el gran fenómeno de plenitud humana que fué Goethe. Los románticos (Baader, Schelling, F. Schlegel, etc.), han desarrollado este problema del andrógino. Cf. sobre esto, además de mi libro sobre Humboldt, *F. Giese*, «El carácter romántico», tomo I; «La evolución del problema del andrógino en los primeros tiempos del romanticismo», Langensalza, 1919.

promete! El mundo entero puede quedar reducido a escombros. En el sexo femenino, esta conducta ante el valor de la vida continúa pasada la juventud. Las mujeres comprenden el mundo *solamente* a través de una persona amada. Por eso se puede decir también, en el sentido de aquella polaridad psíquica, que la sumisión del adolescente a la fuerza reveladora de una persona en que se «incorporan» auténticos valores, es un rasgo femenino. El varón adulto se remonta sobre esto, aprendiendo por último a amar el valor mismo y el objeto que, como tarea infinita, prestan sentido a su vida personal.

A causa de la sumisión del adolescente a la persona concreta, henchida por el valor, llamamos su eros un amor *estético*. Pues aunque se venza la envoltura de lo corporal, la representación *intuitiva* del valor general, que penetra y domina el mundo, sigue siendo condición de esta exaltación ideal. El adolescente se aproxima a la idea, que reposa para él en el lejano más allá, a través del vaso mortal de una persona viviente en que él puede proyectarse sentimentalmente, que él puede comprender (idealizándola), con la que él puede simpatizar. Por lo regular no conoce todavía esa forma de exaltación que conduce como éxtasis a lo exento de forma, sino tan sólo la enajenación de *sí* mismo que tiende como eros a fundirse con la *imagen* intuída y transfigurada. El don de presentir lo divino, incluso bajo el disfraz de la realidad, esta última veneración, es sólo para el adulto. ¿Y quién de nosotros llega a serlo alguna vez *enteramente*?

Si, después de estas consideraciones generales, pasamos ahora a las distintas formas en que se manifiesta la erótica en la adolescencia, no puede sorprender que ni la edad, ni el sexo físico, le pongan límites. Sin embargo, la diferencia de edad parece representar un obstáculo más fuerte que la igualdad de sexo. Hablaremos sucesivamente: 1.°, del eros entre individuos de la misma edad y sexo; 2.°, de la misma edad y distinto sexo; luego 3.°, del eros homosexual entre individuos de distinta edad; y 4.°, por último, de la erótica entre personas de distinto sexo y distinta edad. En todas estas relaciones, suponemos que no colabora ninguna sexualidad, o al menos ninguna sexualidad consciente.

1. Las amistades de muchachos o de muchachas entre sí presentan, por lo regular, y justamente en las naturalezas de vida más rica, un matiz esencialmente erótico. La admiración por las excelencias corporales constituye el puente por el cual el uno va hacia el otro. Paulatinamente se forma una armonía de las almas, que en un principio es más un sonar acordes que una plena comprensión. Pues la auténtica comprensión es más que el entusiasmo estético. La *subjetividad* de la comprensión del adolescente permanece fuertemente sujeta al ritmo de la propia alma; se eligen en el ser del otro aquellos rasgos idealizados que *se exigen* de él. La expresión técnica en nuestra literatura, desde los días de «la tormenta y agitación», para esta relación psíquica de peculiar matiz, es «simpatía». Se rinde homenaje a la simpatía, propiamente sin sospechar por qué. Esto distingue estas relaciones entre adolescentes de las amistades entre adultos. No se toma al

otro tal como es, sino que se le eleva por encima de él mismo *. Y como la fuerza que hace esto procede del florecimiento de la propia alma, en el fondo cada uno ve en el amigo su *propio* modelo, no la individualidad ideal del *otro*, ni menos su individualidad *real* (para lo cual sería menester una madurez mucho mayor). Si el sentimiento erótico cesa temporalmente, la consecuencia es una amarga desilusión sobre la realidad del otro. Se exige de él lo absoluto **. Cuando no se logra la completa fusión de las almas, sobrevienen graves reproches. Se es en estos años infinitamente exigente en cuanto a lo que debe ser la amistad. El elemento sensible, el deseo de contacto, puede en ocasiones resultar muy intenso. Las muchachas son pródigas en caricias y abrazos, especialmente cuando quieren hacer sentir a otras que no tienen ninguna parte en esta alianza entre las almas. Pero un verdadero apetito sexual no se delata; sería sentido como una profanación. Y esto es lo *característico*. Alcibíades, el adolescente griego ideal, revela su degeneración, arrojando de sí este temor. Pues por lejos que pueda ir la fusión de las almas, se permanece, también en lo psíquico, infinitamente vergonzoso ante el otro. «Aquí hay dioses» ***.

Toda relación de esta especie conduce a una crisis. Vienen años en los cuales se cambia interiormente, o se penetra más profundamente en la realidad. Estas amistades suelen quebrantarse con el desarrollo de la verdadera individualidad, con el conocimiento de la persona real, que no necesita ser de escasa valía. En el caso más favorable se salvarán en el porvenir sobre una nueva base, después de un difícil período crítico de discusiones sin fin, amargos reproches y luchas de una sangrienta veracidad. Pero tampoco en otro caso se desprenden íntima y totalmente el uno del otro. Penden de aquella relación demasiadas cosas, acaso las mejores, de la propia alma. Habría que romper no sólo con toda una época de la vida, habría que romper con la más profunda fe de cada uno en la vida. Queda, pues, una tranquila nostalgia, quizá en la superficie un lazo flojo, mientras en el fondo el antiguo fuego sigue ardiendo tenuemente. Así le sucedió a Goethe con Federico Jacobi. En los días febriles de la juventud, a la luz de la luna, en las orillas del Rhin, se habían encontrado con entusiasmo. Más tarde descubrieron las diferencias que les separaban en lo más hondo de su ser. Y, sin embargo, no pudieron separarse nunca totalmente. A través de la última carta del Jacobi septuagenario tiembla todavía esta eterna presencia del amor juvenil. El ideal, que

* Como conocido ejemplo literario citaré la amistad entre Alabanda e Himperión en la novela de Hölderlin.

** «¿Ves también ahora por qué la menor duda sobre Alabanda ha de conducir en ti a la desesperación? ¿Por qué le rechazaste, sólo porque no era un dos? Tú no quisieras una persona, créeme, tú quisieras un mundo, etc.»

*** Un ejemplo de una amistad entre muchachas fuertemente erótica (en la cual, por lo demás, podía reconocerse claramente la polaridad psíquica masculino-femenina), está contenido en el diario reproducido por *Giese*, II, p. 244 y siguientes. «Qué alegría de volver a estar en Berlín y ante todo volver a ver a M. R. La quiero espantosamente, la quiero más que a todos los hombres del mundo.» (Quince años.) — La «autosuficiencia» de estas relaciones psíquicas se exterioriza muchas veces en un exclusivismo que hace literalmente ciego para todos los demás contenidos de la vida—personas y cosas—. Se está completamente «absorbido».

se ha amado una vez, perdura en su verdad. El portador puede cambiar, como el amante cambia; pero este amor no cesa jamás *.

2. Lo mismo que, tratándose de individuos de la misma edad y sexo, no puede trazarse la línea divisoria entre el amor y la amistad en la adolescencia, tampoco puede trazarse cuando tienden psíquicamente el uno hacia el otro dos individuos de distinto sexo. Todavía no se comprenden a sí mismos. Con frecuencia hablan de amistad o «camaradería», y es ya más. Con frecuencia hablan de amor, y es sólo amistad, esto es, armonía de las opiniones y de los sentimientos.

Esta inseguridad causa muchos pesares. Sobre todo para la parte femenina es siempre trágico no conocer las señales con que se presenta un gran amor auténtico. Pero en los años de que hablamos aquí no se presenta, ni puede presentarse. La diferencia de sexo trae consigo, como un incentivo siempre nuevo, el bucear en el alma, cuya organización extraña se presume, pero no se comprende todavía durante largo tiempo. Y también aquí hay una infinita timidez mutua, no obstante toda la ingenuidad del trato en la vida diaria y todo su «quererse». No hablo aquí del «flirt», que imita las formas externas del eros, pero no tiene su fuego sagrado. El flirt se alimenta en parte de fuentes muy distintas. Hablo de esa *vita nuova*, que se abre cuando el adolescente queda por primera

* La amistad juvenil entre Goethe y Jacobi no pertenece a la época de la vida que se suele contar todavía como tiempo de la pubertad. Pero presenta todos sus rasgos típicos, pues la época de la «tormenta y agitación» fué una época de pubertad sumamente prolongada.

vez deslumbrado ante el resplandor de la nueva luz.

De nuevo encontramos un caso puro en la vida de *Félix Dhan*. A los catorce años ve por primera vez a una muchachita de trece años, que vive en su vecindad. Y queda transformado. Todos sus silenciosos homenajes son para ella, para su «Didosa». Todos los días dirige sus pasos varias veces de tal suerte, que en siete años la ha saludado 2.772 veces. Pero en todos estos años apenas osa dirigirle la palabra. Sólo han cambiado muy pocas palabras. Sólo le ha ofrecido algunas rosas. Pero en su alma, ella es la reina, la suma revelación del univero. Organiza en su casa un culto formal a Didosa; nacen numerosas poesías. Este largo anhelo ideal le preserva de caer en goces más bajos. «No fué una pasión—¡a los catorce años!—; no fué tampoco, más tarde, un verdadero amor, pues la historia hubiese transcurrido de otro modo; hubiese habido una historia; pero no salió de todo aquello nada más que muchos, muchos miles de versos, y algo en verdad digno de alta estimación, una salvaguardia mágica para mi pureza...» «... ningún deseo tendía hacia Didosa. Como la reina de los cielos, que flota en los aires sobre altas nubes orladas de luz, y apetecer la belleza corpórea de la cual fuera sacrilegio, así ha flotado esta imagen santa, muda y radiantemente hermosa, a través de todos los años de mi vida» *.

La índole de estas exaltadas relaciones resaltará con más fuerza si recorremos las fases anteriores de la relación entre los dos sexos. Quizá se pueden distin-

* Recuerdos, I, 258 y ps.

guir tres fases típicas en esta evolución. En la niñez propiamente dicha (hasta los diez años, aproximadamente) encontramos en el juego y el trato relaciones completamente cándidas. Por parte de los niños, no se basan en una plena igualdad, pues los niños gradúan el valor de los compañeros, las más de las veces, por la fuerza y el atrevimiento. A pesar de todo, el incentivo por completo inconsciente de la dualidad de los sexos se hace sentir ya en ocasiones, y se exterioriza en alguna delicada consideración u homenaje infantil. Spitteler ha tratado de describir este estadio en los «Enemigos de las muchachas»; a mi parecer, ni psicológica, ni poéticamente, de un modo muy feliz. En la época de la vida que precede inmediatamente a los verdaderos años de evolución, es normal una orgullosa y huraña separación. A los muchachos «no se les da nada de las muchachas»; las muchachas—adelantadas algunos grados en la evolución general—encuentran a los muchachos toscos y necios. Se aparta la vista. Pero este fenómeno sería visto psicológicamente de un modo totalmente erróneo, si no se reconociese, detrás de la repulsa, justamente el interés inconsciente, que ambas partes abrigan la una por la otra; mas ni siquiera en el círculo de los compañeros del propio sexo se confiesa éste. Pero resulta visible para el que quiere ver, porque la conducta de los muchachos cambia en seguida, si son observados por muchachas, y las muchachas no ignoran de hecho a los muchachos. Los unos tratan de hacer impresión con sus fanfarronadas; las muchachas se tornan más silenciosas, guardan más compostura, o, en ocasiones, si son numerosas y vivaces, osan hasta un ataque de palabra. Pero los sexos no tienen nada que «darse» en esta edad. Desde este punto de vista, no puede justificarse, por tanto, la necesidad de la coeducación.

Este estado se prolonga en muchos largo tiempo, durante los años de evolución. Las naturalezas se dividen aquí en los que flirtean y en los que se retraen *. Nunca es un síntoma particularmente favorable para la evolución futura que la entrada de los muchachos en este sector de la vida se inicie con el «galanteo». Viven entonces muy en la superficie, gastan energías, tiempo y dinero en exterioridades, y aprenden naturalmente a conocer desde un principio el sexo débil, no en sus representantes más valiosos. Su atavío es irreprochable desde la corbata hasta los guantes de cabritilla; su peinado, con los airosos rizos, atrayente; todo su porte denuncia al hombre que «practica» escrupulosamente todas las formas (sin poseerlas realmente). Todos conocen a estos gomosos de los paseos en nuestras grandes y pequeñas ciudades, y en los jardines de los palacios, que ejercen sobre ellos una singular fuerza de atracción. La lección de baile, por singular e inocente que sea, obra raras veces sobre los muchachos de un modo favorable. Pues orienta sus ambiciones en un sentido para el cual siempre hay tiempo, después de haberse hecho un hombre de valer **. Conozco muchos que han echado a perder lo

* Sobre una división semejante entre delicados y fanfarrones informa con finura psicológica *Godofredo Keller*, en «Enrique el Verde», I, 13 y 14.

** Lessing y Goethe eran ya alguien cuando entraron en la sociedad. Sintieron tan sólo la apremiante necesidad de cultivarse también en las formas externas, descuidadas hasta entonces.

mejor de su evolución por obra de la hora «feliz» de la lección de baile y de los galanteos a que da ocasión. Para las muchachas el peligro es menor; están aquí mucho más en su elemento biológico.—El otro tipo de muchacho, el que se retrae tímidamente, rinde, en verdad, al otro sexo homenajes mucho más profundos. O se envuelve por completo en un seco orgullo, que no deja expresión a la secreta erótica, o sólo se acerca desde lejos con infinita timidez. «Enrojeciendo sigue sus huellas y le hace feliz su saludo.» Este anhelo y afección ideal hace al adolescente fecundo, mientras el presumir y la lección de baile le hacen infecundo. Cuando el alma está llena de la imagen de la adorada no puede hundirse en el lodo y en el fango. En estas secretas profundidades se forma la fuerza generativa del alma. La fe en que el universo entero tiene un contenido ideal, capaz de satisfacer nuestras aspiraciones, está estrechamente enlazada con esta erótica. Quien no puede amar tampoco puede creer. Y quien cambia este gran capital de su alma en ruidosa calderilla, no conserva nada con que adquirir objetos de valor. Por eso esta época, en que florece el alma, es decisiva para la profundidad de toda la evolución posterior.

Yo no creo que en los primeros años de evolución pueda aparecer un grande y verdadero amor. Todavía se busca el joven demasiado a sí mismo en estas exaltadas afecciones. También es todavía demasiado fuerte la separación entre el deseo de unión psíquica y el deseo de total unión de las individualidades psicofísicas. Y, por último, un verdadero amor no se dirige al ideal de aisladas perfecciones, sino a toda la persona real. La escena en que Goethe vió a Carlota Kestner y se enamoró de ella, hubiera impresionado todavía poco a un completo adolescente. Por eso es también raro que los afectos de la pubertad alcancen la madurez de este grado superior; mientras queda aquella raíz pueden brotar amistades.

El reparto de los papeles en uno masculino y otro femenino (o en uno director y otro dirigido), reparto relativamente independiente de la diferencia física entre los sexos, como antes vimos, es perceptible casi siempre ya entre individuos de la misma edad. Pero se revela todavía más claramente cuando se trata de la erótica entre individuos de distinta edad. Junto a él tiene también importancia, naturalmente, la diferencia física entre los sexos. Pero la verdadera polaridad se produce entre los individuos de distinta edad, porque frente a un alma indivisa, medio adormecida aún, e ingenuamente receptiva, se halla un alma concentrada en una dirección, y por tanto dominadora.

3. Esta relación aparece en el sexo masculino en la forma del eros entre el adolescente y el muchacho, o entre el hombre maduro y el adolescente. Es como si la edad superior hubiese de dar a la más joven algo que ésta anhelase; pero, a la vez, como si la más joven ofreciese al anhelo de generación espiritual algo en su nativa pureza, que la más alta ya no posee y echa de menos en sí dolorosamente.

Ya el que acaba de entrar en la época del despertar psíquico tiene un profundo interés por el muchacho, para el que se halla próxima esta gran revo-

lución. Quisiera guiarle por este camino, preservándole de extravíos, y a la vez entra en juego algo de secreta nostalgia de la segura vida infantil, como de un paraíso perdido. Un adolescente ya mayor escribe: «Por lo demás, esta educación debe conducirnos a una vida plena y viril, a convertirnos de muchachos que juegan y sueñan, sin preguntar para qué ni adónde, en adolescentes que saben que han de escoger, entre todas las mil posibilidades de la vida, una en la cual se limitarán y se ceñirán, a cuya forma se sujetarán con consciente responsabilidad. Hay algo que conmueve el corazón en el pesar del muchacho que despierta y se ve obligado a reconocer que la vida, en que entra, sabe muy poco de las anheladas coronas reales de sus sueños infantiles (y se necesita todo el amor de un buen educador para convertir este despertar en una vigorosa y fecunda fuerza del muchacho)» *. Aquí resalta con singular relieve el lado pedagógico que dormita en todo eros, el perfeccionamiento *mutuo*. Grillparzer ha concedido a este motivo un espacio considerable, en una continuación del «Fausto», de Goethe (parte I), que pretendía hacer desembocar la superhumanidad en la dulzura de la autolimitación. «Quisiera hacerle encontrar un muchacho que despierta a la vida, y del cual se hace el maestro y el amigo» **. También este eros tiene una profunda base metafísica, que es la visión de la naturaleza cuando florece en el hombre. Por el otro lado, el anhelo de

* *Carlos Werckhagen*, «Regreso de la juventud», Berlín, Editorial El Caballero Blanco, 1922, p. 14.

** «Obras completas» (Cotta), tomo XI, p. 256 y ss.

vida superior tiene la misma intensidad. «¿Por qué no puede ninguna persona mayor tener la grandeza de entregárseme?», dice una joven en el diario publicado por Carlota Bühler *. El eros, visto por este lado, es el anhelo de un alma hecha y madura, de la *belleza de la sabiduría* en el sentido platónico, que no se expresa ya en la mera gracia corporal; y, por último, de un salvador que saque de la soledad de la incomprensión. En las más de las relaciones entre los adolescentes y un auténtico director—desde los tiempos de las centenadas germánicas hasta nuestros días de una dirección más espiritual—, forma la erótica el fuerte lazo querido por la naturaleza. Este lazo tampoco falta entre la muchachita y la mujer joven o la mujer madura, que se halla en la cumbre de la vida. Aquí se agrega el factor de que en ellas se admira a las conocedoras del gran misterio del destino natural de las mujeres. Pero también sin este factor se despliega una erótica del mismo sexo en el femenino. No es casual que en los diarios de muchachas, que están impresos, el entusiasmo por una maestra sea casi desde la primera página hasta la última el gran tema de la vida; es un continuo exaltarse, adorar, desilusionarse y retornar, en un caso claramente sin correspondencia alguna por parte de la persona amada con entusiasmo. Pero quien crea que las muchachas sólo se entusiasman con los maestros, ve el fenómeno psicológicamente de un modo por completo falso; lo ve esclavo de prejuicios fisiológicos, pues este anhelante amor sólo

* «Diarios de dos muchachas», Jena, 1927², p. 73. Cf. también «La vida psíquica del adolescente», p. 74 y ss.

es, con frecuencia, el impulso a librar el yo de la cárcel de la individualidad. Se buscan «puentes»—puentes que son, sin duda, como el arco iris—, y raramente conducen a las personas *reales*. «Siempre he de estar sola, sola. Solitario como las estrellas, solitario como las estrellas se está siempre» *. Entonces suben del alma silenciosas imágenes ideales, imágenes de personas que saben interpretar la vida en su belleza y en su riqueza. Y si decepcionan, no sólo vuelve la soledad, sino, con frecuencia, también un gran asco de sí y de la vida.

El verdadero movimiento de la juventud tampoco ha nacido en último término de este eros de la elevación mutua. La mutua relación de las edades se funda aquí muy claramente en un pathos pedagógico, que puede concebirse como un culto común del ideal y de su deslumbrante belleza. Los más jóvenes encontraron a personas que les interpretaban las primeras miradas a la vida con la fuerza de la visión entusiasta y los dirigían. Y también los individuos de la misma edad se encontraron unidos como los secretos conjurados de un mundo mejor. Sin embargo, con esto pareció haberse perdido algo del aguijón *productivo* de la soledad, de la fuerza infecunda del anhelo insatisfecho.

Pero es Sócrates, tal como Platón lo ha retratado, quien sigue siendo el eterno apóstol de esta erótica, aunque para él, que había alcanzado la plena ma-

* «Diarios de dos muchachas», p. 20. Cf. *Goldbeck*, «Sobre la soledad del adolescente», *La nueva educación*, 1922, p. 34 y ss. *Glaue-Bulls*, «El entusiasmo erótico de las muchachas», 1914. Recientemente *Carlota Bühler*, «El entusiasmo como fase de la adolescencia», *Revista de Psicología*, tomo C, 1926.

durez, sólo haya sido el vaso en que vertía un amor de más alto brillo aún. Él sabía que *así* se le comprendía. Y el eterno incentivo del alma adolescente, todavía susceptible de destino, era también su vivencia metafísica, aun antes de que su discípulo Platón la hubiese vestido con la poesía semi-mística del inmortal Symposion:

> «¿Por qué honras tú, sagrado Sócrates,
> a este joven siempre? ¿No conoces nada mayor?
> ¿Por qué miran con amor,
> como hacia los dioses, tus ojos hacia él?
> Quien ha pensado lo más alto, ama lo más vivo,
> Alta virtud (juventud?) comprende quien al mundo ha mirado;
> y se inclinan los sabios
> con frecuencia, al fin, hacia lo bello.» *

Las formas de este eros se acercan tanto más a un amor puramente espiritual y a una comprensión espiritual, cuanto mayor resulta la diferencia de edad. Sólo subsiste el carácter del contacto polar, de la revelación de peculiares fuerzas, y con esto la mutua fecundación y la generación espiritual.

4. La inclinación erótica hacia las personas mayores del otro sexo, parece existir bastante pronto en las adolescentes, mientras que en los adolescentes aparece más tarde, por decirlo así, como la conclusión del proceso formativo de la adolescencia.

No todo se reduce a que el maestro cautive las almas entusiastas de las adolescentes. Este culto, practicado solidariamente por clases enteras, toma con fre-

* *Hölderlin*. Cf. mi artículo «Eros» en *La cultura y la educación*, 4.ª edición, Leipzig, 1928, p. 217 y ss.

cuencia formas febriles y morbosas. Se encuentran indicios de fetichismo y pueden mezclarse extraños desvaríos. Pero también posteriormente sigue siendo así. El alma femenina no siente sólo una infinita gratitud por lo que su formación y perfeccionamiento deben a los hombres maduros, sino que se adhiere al mediador personal. No viendo en él total o parcialmente el hombre real, se entrega con su alma entera a la persona en que se le presenta incorporado de un modo impresionante el fondo y el valor de la vida. Resulta una fuente de graves complicaciones psíquicas, que se interprete este entusiasmo como un amor auténtico; para ser lo cual le falta, junto a muchas otras cosas, una principalmente, el común arraigo en la tierra firme. Pero la plasticidad de la imaginación femenina, que se apropia todos los valores en forma personal, la facultad de dar forma a lo recibido y dejarlo crecer en secreto, entran en los grandes designios de la naturaleza. Para servir a los cuales los hijos de ésta han de pasar por el dolor.

Algo de esta relación fundamental juega ya por lo regular entre el padre y la hija. La misma aparece un poco alterada en la relación entre el hijo y la madre. Todo espíritu individual, en sí aislado y limitado, llega a su plenitud sólo mediante el contacto con un principio complementario y formativo. Así es como el joven puede entrar con mujeres más maduras en una relación que no es propiamente amor, pero que espiritualmente puede ser aún más que el amor. La fuerza formativa del alma femenina en su plenitud actúa con una intensidad incomparable justamente sobre los jóvenes, que luchan y laboran en las profundidades de su ser. Casi ninguno de nuestros grandes espíritus ha llegado a ser lo que honramos en él, sin haber dado a su alma las proporciones que él descubriera en la contemplación de una perfecta feminidad. Esto significó *Frau von Stein* para Goethe; *Frau von Kalb* para Schiller; *Susana Goantard* para Hölderlin. Enriqueta Hertz fué la escultora del joven Humboldt, y más tarde del joven Schleiermacher. Malwida de Meysenburg hizo descender durante una época el reposo y la paz sobre el alma de Nietzsche. Colabora aquí, sin duda, un principio maternal. Pero también éste es eros. Pues cuanto nace del anhelo de dar forma a la abundancia interior, ostenta los rasgos de este amor juvenil.

Sin embargo, es necesario añadir algo muy importante, con lo cual concluiremos este capítulo. La fuerza de este eros se alimenta con más intensidad de la propia vida interior que de la persona real a quien se dirige. Es el florecer del alma el que alumbra estos ideales. El don de ver un *auténtico* valor todavía no es fijo ni seguro. Con harta frecuencia se apega el amor, en su avidez, a un objeto sumamente indigno, al que presta los rasgos ideales que saca de su propia fuerza desbordante. La Laura de Schiller no debe haber sido lo que él vió en ella. Y la misma Diotima de Hölderlin, no aparece en sus propias cartas con todo el esplendor de aquella amada inmortal. Pero el alma erótica recubre, no sólo a la persona, sino al mundo entero, con un velo de gloria. Y llegan momentos del más doloroso despertar, especialmente

cuando remite la propia fuerza de idealización. Con una imagen trivial podría decirse que las personas reales sólo son, con frecuencia, las perchas en que el adolescente cuelga los trajes de gala de su fantasía. Esta función, muchas veces involuntaria, puede resultar muy pesada a la persona correspondiente. En el texto de aquel proyecto de un Fausto, dice Grillparzer: «En *esta* época amamos sólo la imagen que pinta nuestra fantasía; la muchacha que creemos amar no es más que el lienzo sobre el cual ponemos los colores. Oí decir una vez de alguien (¿o era yo mismo?) que estaba perdidamente enamorado, pero que aún no sabía de quién. No he oído nunca nada que sea más verdad ni caracterice mejor al adolescente.»

El eros mismo no queda despojado de su valor por esta verdad. Es sólo conocido más puramente en su función *creadora* y en su significación para el desarrollo de la personalidad. Así como el cultivo del arte y el anhelo de ser actor sirven a la *ampliación* del mundo interior, la erótica sirve a su *elevación*. Los hombres no hubiesen sabido jamás lo que es lo ideal, si no hubiesen podido tener vivencias eróticas. *Todo*, la vida lo mismo que la naturaleza dormida, queda embellecida en esta luz. Son las verdaderas fuerzas creadoras, formatrices y progresivas del universo, las que circulan aquí a través del alma. Se revela aquí la secreta unidad de la naturaleza con el espíritu. La fuerza generativa de la naturaleza, con su desbordante abundancia, se prolonga en la esfera del espíritu, como generación ideal, en los años en que florece el

alma *. ¿Qué importa que las ideas se encuentren al principio, como lejanas estrellas, en un más allá, ἐπέκεινα τῆς οὐσίας? Al fin, llega la hora en que se unen firmemente con la materia de la dura realidad, en una forma permanente. Con esta «revolución aristotélica» ha acabado el madurar; la madurez ha comenzado **.

Eduardo Spranger.

* «Desde la primera lucha de las fuerzas oscuras
hasta la efusión de los primeros licores de la vida;
donde la fuerza en fuerza y la materia en materia se convierte,
la primera flor, el primer capullo brota,
. . . . . .
hasta llegar a la fuerza juvenil del pensamiento,
en que la naturaleza, rejuvenecida, se crea de nuevo,
hay una sola fuerza, una sola circulación y movimiento,
un solo impulso e ímpetu hacia una vida cada vez más alta.»

Schelling, Obras, IV, p. 547.

** Por esta estructura psíquica, que pertenece, por decirlo así, a dos mundos totalmente distintos, se explica que los adolescentes mueran fácilmente. Parecen sujetos aún con menos fuerza a lo puramente terreno. Viven con más intensidad para lo ideal que para lo real. Stanley Hall dice bellamente: «Vivimos para aquello por lo cual también podemos morir.» — Cf. infra, capítulo XII.

Para todo este capítulo cf. el reciente libro del filósofo finés *Rolf Lagerborg*, «El amor platónico»; Leipzig, 1926. He de reservar para otra ocasión la discusión con este punto de vista.